HERMENÉUTICAS DEL NAUFRAGIO Y NAUFRAGIOS DE LA
HERMENÉUTICA: COMENTARIOS EN TORNO A *AGAINST LITERATURE*

POR

MARIO CESAREO
Vassar College

Against Literature (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993) abarca una amplia gama de períodos históricos y expresiones culturales: la colonia, el barroco español, la posindependencia latinoamericana, la vanguardia, el “boom”, el período revolucionario socialista, la posmodernidad. Entre sus propósitos explícitos se encuentran: a) cuestionar si la literatura debe y puede continuar siendo el medio privilegiado para el deseo utópico de una sociedad más igualitaria, democrática y ecológica; b) producir una negación de lo literario que permita su desplazamiento por otras prácticas culturales; c) proveer una visión crítica de la institución literaria desde el punto de vista de la posmodernidad, como intervención en el campo de las humanidades; d) encontrar nuevas formas de teorización y representación que sobrepasen las políticas de vanguardia. El trabajo ubica esta superación teórica y práctica en el testimonio y la cultura de masas, los que son percibidos y teorizados desde una sensibilidad crítica posmoderna. *Against Literature* apuesta a la convergencia de un género (el testimonio), una sensibilidad social (el posmodernismo) y una particular política organizativa (el movimiento “de nuevo tipo”), como articuladores de un pensamiento utópico y revolucionario.

La tarea abordada es por demás importante a la actual coyuntura histórica. Como un intento de meditación política, cultural, y epistemológica a la luz del *impasse* de las izquierdas latinoamericanas, su agenda me parece fundamental. Los resultados de ese intento, sin embargo, son menos productivos de lo esperado. El estudio del naufragio de las izquierdas termina en el espectáculo de una tarea crítica a la deriva. Es desde la ironía de esta situación hermenéutica, en tanto *Against Literature* pueda leerse como un índice de la crisis imaginativa de nuestra labor intelectual tantas veces encontrada en la más reciente producción crítica de los estudios culturales, que me interesaría cuestionar algunas de las premisas, nociones clave y conclusiones que sustentan su proyecto hermenéutico, más que como una impugnación, como una forma de autocrítica.

LITERATURA

Con respecto a la literatura dices:

To anticipate the inevitable misunderstanding or misrepresentation: by literature I do not mean “literature in general” but the historically specific form it assumes between the

fifteenth and eighteenth centuries with the formation of the European vernacular languages, the modern nation-state, colonialism, capitalism and bourgeois culture, movable type technology, the commodification of books and printing, and the modern university and education system (viii).

Esta definición es tautológica, y la confusión se complica por el uso ambiguo que haces de las expresiones históricas analizadas. Aunque teóricamente parece incluirse todo lo escrito, el análisis concreto se reduce a la literatura canónica de las humanidades, dejando textos y prácticas de lectura y escritura que fueron fundamentales para la formación de los cuadros políticos latinoamericanos (la literatura de partido, por ejemplo), y otras esferas de la cultura literaria que contribuyeron a perfilar las sensibilidades de amplios sectores de la cultura popular (el periodismo, la literatura de bolsillo, la fotonovela, el folletín). La reducción de la literatura a una "tradición letrada" liberal mutila el arco de representaciones populares, desfigura el sentido de las luchas revolucionarias y anticolonialistas, y desperfila el lugar y función del entramado institucional latinoamericano (el hogar, el partido político, los mítines, sindicatos y centros de trabajo) para reducirlo a la omnipresencia de la universidad. Como resultado se desdibuja la acumulación de luchas, sensibilidades, e imaginarios utópicos que son los que, de hecho, movilizaron cuerpos y materialidades. Esta operación crítica de desmaterialización, en lugar de una sedimentación (con su consecuente recuperación crítica desde una arqueología cultural) conlleva un vaciamiento histórico y una reconstitución discursiva desde una lógica primermundista.

La concepción letrada de la literatura que estructura tu libro se desdobra espacialmente en el uso de la noción *literatura-como-zona-de-contacto*.

The animus against literature that these essays carry is due above all to literature's connection with the formation of the modern state and the conditions of maintaining and redefining capitalist hegemony ... but what happens if literature becomes detached, partially or wholly, from this function? ... In Pratt's metaphor, literature used in this way can serve as a kind of "contact zone" where previously disarticulated subject positions, social projects, and energies may come together. (Beverley, xiii)

Sería en esta literatura como "zona de contacto" donde se "articulan" posiciones de sujetos, proyectos sociales y energías anteriormente difusas. Me pregunto, sin embargo, qué se escapa a ese *contacto*, qué es lo que se junta y dónde sucede esa congregación. ¿Se trata de un contacto *corporal* o *textual* (de textos que ocupan el lugar de lo que fueran, en algún momento, cuerpos)? En momentos tales *Against Literature* evidencia la pobreza filosófica e imaginativa de la "textualización" posestructuralista hoy predominante en las humanidades. Porque, en última instancia, se trata de entender en qué consiste la institucionalidad de esa abigarrada congregación de cuerpos violados, explotados, desaparecidos. Se trata de discernir la economía política y circulación de esos vestigios de materialidad social, de esa textualidad. La necesidad política, existencial y estética de restituir la referencialidad *terrena* de ese discurso deja al descubierto las severas limitaciones de los modelos epistemologistas preponderantes en el posmodernismo académico metropolitano. Y aunque criticas la práctica de "textualización" con que los estudios

culturales tienden a reducir lo social, al construir lo literario como una “zona de contacto” sujetas al discurso crítico a los mismos problemas hermenéuticos que te propusieras superar. Creo útil la noción “zona de contacto” en tanto que descriptiva de una realidad geográfica, cultural y política, como una formación social históricamente sobredeterminada:

“contact zone” ... I use to refer to the space of colonial encounters, the space in which peoples geographically and historically separated come into contact with each other and establish ongoing relations, usually involving conditions of coercion, radical inequality, and intractable conflict. ... “Contact zone” in my discussion is often synonymous with “colonial frontier.” But while the latter term is grounded within a European expansionist perspective (the frontier is a frontier only with respect to Europe), “contact zone” is an attempt to invoke the spatial and historical disjunctures, and whose trajectories now intersect. ... A “contact” perspective emphasizes how subjects are constituted in and by their relations to each other ... in terms of copresence, interaction, interlocking understandings and practices, often within radically asymmetrical relations of power. (6-7)

La literatura puede inscribirse en esta zona de contacto, reaccionar ante los retos que ella le propone, pero no puede convertirse en zona de contacto ella misma sin aplanar la metáfora hasta el punto de perder su capacidad hermenéutica. La expresión “literatura *como* zona de contacto”, por lo tanto, sólo funciona a manera de símil, como simulacro. Su “contacto” es puramente alegórico, romántico, no negociador. Decir que la literatura puede funcionar como una zona de contacto supone afirmar, en la realidad de los hechos, que la literatura *toma el lugar* de ese contacto en el sistema de representaciones sociales, ahogando con su proliferación discursiva las voces, hablas y silencios de esa zonalidad. Al hacer residir en la literatura la posibilidad de una nueva articulación (imaginativa) el trabajo se detiene en un momento romántico del pensamiento donde, más que a territorialidades fronterizas, se alude a culturas y prácticas de la liminalidad. En la artificiosa congregación imaginaria a que es sometida la heterogeneidad global para hacerla residir en los estrechos confines del recinto universitario o del texto, la “zona de contacto” se transforma en una tarea predominantemente discursiva, imaginaria e imaginativa. De allí que el espacio de ese contacto no ocupe la territorialidad real de la frontera, la colindancia barrial, o la cama, sino el espacio privatizado de la escritura y el de la universidad, el laboratorio donde esta “experimentación” social se lleva a cabo, se discute, y desde la cual se lanza al mercado transnacional. Este recurso a la plasticidad imaginativa, a la capacidad esemplástica del pensamiento simbólico, fue una de las características más problemáticas del intelectual romántico, el modernista y el moderno, de Sarmiento a Rodó y a Cortázar. Paradójicamente, entonces, esa sustitución del cuerpo por el “texto” es una forma de la vanguardia utopista que tú criticas pero cuyos confines no abandonas.

NEGATIVIDAD

En el prólogo de tu trabajo señalas el carácter negativo de tu hermenéutica:

As a slogan, “against literature” could be read two ways: in the sense of versus, that is, in an antagonistic relation with literature; or, as in a gestalt figure/ground relation, as a

performance that has as its necessary condition the first of these. I would prefer to think that what I am doing is the first of these. (vii)

Esta negación auguraría una positividad: el desplazamiento de lo literario por formas culturales extraliterarias:

Spivak proposes here a sense of literary textuality as a pedagogic model for nonliterary social and political practices; my intention in these essays is rather to produce a negation of the literary that would allow nonliterary forms of cultural practice to displace its hegemony. (1)

Pero, ¿no es acaso, y precisamente, la voluntad de poder de lo literario, su inmersión estructural en sistemas de hegemonía y contrahegemonía, lo que constituye su problematicidad? Así parece reconocerlo el propio texto:

The animus against literature that these essays carry is due above all to literature's connection with the formation of the modern state and the conditions of maintaining and redefining capitalist hegemony, particularly in situations of colonial or neocolonial domination. (xiii)

¿Por qué pensar entonces que una negación haría posible su reemplazo por otras formas culturales? Según tus propios planteamientos, la literatura es el resultado de una necesidad política que jamás sería satisfecha por el tipo de práctica cultural que propones como alternativa. Así lo sugiere el caso del testimonio y el de los programas de "Cultural Studies" de la enseñanza secundaria y terciaria en los Estados Unidos; el hecho que haya sido la literaturización de esas prácticas culturales lo que las habilitó como objeto de estudio. Si la literatura ocupa el espacio de "lo literario" lo hace en tanto satisface las necesidades del poder. Un desplazamiento, por lo tanto, sólo sería posible una vez deconstruidos (en lo material) los sistemas de poder que la hacen necesaria. (Claro que esta "única" posibilidad no responde a la práctica histórica de lo literario. Una perspectiva menos formalista tendería a ver en lo literario una arena más donde se ensayan, desarrollan y resuelven los conflictos propios del momento histórico).

Todo esto, creo, obliga a replantearnos la posibilidad y el verdadero sentido de la "negación" que planteas. ¿Cuál es su ámbito? ¿Cuáles las condiciones de su posibilidad histórica? En *Against Literature*, la respuesta se da, exclusivamente, a nivel del conocimiento, como función del intelectual, mediante la tarea crítica. Pero, ¿puede, en verdad, negarse la "literatura" desde la universidad cuando ambas aparecen histórica y orgánicamente imbricadas? Y, sin embargo, tu escritura se establece justamente en el recinto académico, el lugar posmoderno de congregación intelectual por excelencia, donde se mantendría viva una izquierda ya derrotada en los demás espacios sociales. La universidad se presenta como institución central y crucial desde donde la sociedad se piensa a sí misma, donde reside su capacidad de autorrepresentación. En tanto por ella pasa todo conocimiento y posibilidad imaginativa, no existe un "afuera" de la universidad:

Modifying Derrida's famous slogan, I would risk saying, in fact, that there is no "outside-the-university," in the sense that all contemporary practices of hegemony (including those

of groups whose subalternity is constituted in part by their lack of access to schools and universities) pass through it or are favorably or adversely affected in some way by its operations. (x)

El carácter clasista y sexista de la universidad como institución destinada a reproducir los cuadros dirigentes de la hegemonía social, si bien garantiza su importancia a nivel de la totalidad social (cumpliendo una función de ingerencia e intervención que afecta las relaciones sociales en su totalidad), supone, al mismo tiempo (y precisamente como corolario de esa capacidad totalizadora que es función de poder) una pluralidad de “afueras” cuyo acceso al recinto universitario es predominantemente referencial, alegórico, textual (lo que aquí llaman *tokenism*). De hecho, la reducción del espacio social a su espectacularidad universitaria puede entenderse como una operación idéntica a la “textualización” a que es sometida la experiencia social por parte del discurso crítico posestructuralista.

Aunque *Against Literature* comienza como un cuestionamiento e impugnación de lo literario, al restringir la tarea de la imaginación social a la institucionalidad universitaria genera una negatividad que, en lugar de constituirse en una práctica que desplace la literatura por formas de cultura democrática, se transforma en una discusión de lo canónico. De una crítica de lo literario, tu trabajo termina convertido en literatura. Tal vez haya aquí un problema de inadecuación entre los medios y los fines de tu proyecto crítico. Cabe cuestionarse la inserción del “scholar” y la necesidad de formar organizaciones alternativas, propias y constituidas para una práctica política. De otra manera, sin un anclaje institucional orgánico el pensamiento queda circunscrito al delirio imaginativo de la especulación formalista; sujeto a la dinámica de la derelicción, según la cual se piensa, simultáneamente, desde todas las *lógicas*, sin asentarse en ninguna de las *experiencias* que las hace posibles históricamente. Pero, sería importante entender cuáles son las condiciones materiales que harían pensable una negación en el terreno de la realidad social; cuáles las condiciones materiales que la harían necesaria o probable. No se puede negar una práctica institucional sin abandonar los límites de una producción de conocimientos. En este sentido, la negatividad de *Against Literature*, si bien es su gesto constituyente es, al mismo tiempo, el escollo fundamental: tu proyecto crítico, posmoderno por excelencia, plantea una hermenéutica cuya posibilidad de ser se fundamenta en la inviabilidad de sus hallazgos.

POSMODERNIDAD

Puede argumentarse que existe una condición posmoderna, que describe, por ejemplo, la crisis de ciertas narrativas maestras (reconozcamos que se trata de una crisis altamente selectiva; de otra manera, ¿cómo explicar, la eclosión de ideologías fundamentalistas, ultranacionalistas y etnocidas de los últimos años?). Puede añadirse que, en esa crisis, las narrativas de liberación nacional han sido reemplazadas por una micropolítica de la cotidianidad, asentada en los municipios, los juzgados, la corporalidad. La política (no la del estado, que parece relativamente inmune a esta condición) abandona el marco de lo partidario para organizarse bajo formas más plásticas, como movimiento (comités de base, grupos de presión, coaliciones amplias). Pero, una cosa es reconocer esta fase de la práctica social y otra teorizar lo que constituye *un momento* de la acción social como si se tratase de

un índice de cambios *radicales e irreversibles* en la estructura y organización del poder. Esto supondría hablar no sólo *de* posmodernidad sino *desde* una postura posmoderna. Y es precisamente allí donde te ubicas.

Como sensibilidad y posibilidad hermenéutica, la posmodernidad haría posible una reconstitución de la izquierda, permitiendo reconocer algunas de sus nuevas formas emergentes (movimientos ecologistas, feminismos, teologías de la liberación, organizaciones de madres de detenidos-desaparecidos). Sin embargo, cabe cuestionarse de qué manera sirve la posmodernidad (como categoría hermenéutica) para equiparar fenómenos tan heterogéneos como la cultura de masas, la alta cultura, el posmodernismo académico, y las formas de resistencia política y cultural basadas en las diversas experiencias de la subalternidad. Hasta qué punto pueden universalizarse estas experiencias heterogéneas y, más importante aún, para qué hacerlo.

En tanto el trabajo del posmodernismo académico consiste, en los hechos, en la conceptualización, descripción y explicación de la experiencia histórica bajo condiciones de un capitalismo global, el “scholar” humanístico (el crítico literario) es un intelectual orgánico de ese nuevo orden: su función es hacer inteligibles y verosímiles la heteroglosia y el espesor material acumulados por el desarrollo desigual y combinado mundial. En tanto el intelectual sintetiza esta multiplicidad desigual, contradictoria, y en conflicto material e ideológico sin, al mismo tiempo, constituirse en intelectual orgánico de un proyecto institucional alternativo, se convierte en un administrador del nuevo orden, en un traductor llamado a codificar, y “descifrar” la experiencia histórica contemporánea, alegorizándola en discurso del poder. Su conocimiento sólo es comprensible desde la experiencia totalizadora de ese estado: mediante una iniciación en su corpus (lo “literario”) su lenguaje (el ensayo crítico) y su institucionalidad (la universidad). Si la función del académico universitario es la de compilador, exégeta y sintetizador de la heteroglosia social, el emplazamiento de una sensibilidad posmoderna es lo que pone coto a esa multiplicidad, regimentándola, domesticándola, sujetándola a transacciones, alianzas y conflictos *no negociados* por las partes en disputa (por los grupos subalternos de los que se habla). En este sentido, la posmodernidad “globaliza” fenómenos particulares según una lógica transnacional, pensada *desde* los centros hegemónicos y sólo comprensibles desde su proliferación teórica. Me parece reconocer este tipo de dinámica en tu libro. Un ejemplo posible: la violencia que te ves obligado a ejercer sobre una figura como Rigoberta Menchú, para poder calificarla de “posmoderna”:

... it should not surprise us that [I Rigoberta Menchú's] narrator declares herself in effect a postmodernist and a practitioner of “theoretical antihumanism” (14)

Esta cita, sin embargo sólo queda avalada por el siguiente comentario:

Rigoberta Menchú is fond of saying things like: “They have tried to take our things away and impose others on us, be it through religion, through dividing up the land, through schools, through books, through radio, through all things modern.” (14)

Las palabras de Rigoberta apuntan, más bien, a una postura pre-moderna. Lo moderno en Menchú se refiere a la *ecología* de procesos inaugurados por el desarrollo del capitalismo

en Centroamérica. No se trata literalmente de “cosas” sino de índices y fragmentos de una totalidad social, económica y cultural que se impone de manera sistemática e interconectada. Irónicamente, por el contrario, las “cosas modernas” por ella rechazadas constituyen eventos fundamentales en la cotidianidad y en el bucólico imaginario de la postmodernidad, que asienta su deseo en el consumo y la producción de placer —conexión que tú mismo estableces, tangencial y autobiográficamente, entre la posmodernidad y sus objetos de consumo placentero:

In jumping on the postmodernist bandwagon, I was following the dictates of my taste: I genuinely *liked* and identified with television, pop art, Laclau and Mouffe, DeLillo, punk rock. ... (xi)

En la sensibilidad posmoderna la ecología premoderna de Menchú ha sido reemplazada por la literalidad. De allí que el espacio paradigmático de la posmodernidad sea tanto la universidad como el centro comercial. Como organización, administración y mecanismo de circulación del deseo, el centro de compras supone la negación de la utopía y su reemplazo por una tópica materialidad terrena. Desde esta perspectiva, la eliminación de la referencialidad (llevada a cabo en el espacio universitario) podría ser vista no como problema teórico sino como la crisis precipitada por este imaginario de las mercancías que cancela todo espacio ajeno a su inmanencia (no habría un “afuera” del *mall*). Lo crucial aquí no es que el pensamiento se ubique en lo terreno sino que no sea capaz de ir más allá de lo existente. La espacialización y concretización del deseo en la congregación adquisitiva transforma la productividad en un consumo que, por postergar infinitamente la satisfacción que promete, es, en realidad, el preludio a una nueva adquisición. El carácter contradictorio de esta dialéctica hace que el deseo *de* lo terreno no pueda asentarse *en* lo terreno, en las cosas, sino en su forma alienada, en la mercancía. Por ello el materialismo consumista se encuentra en una posición antagónica al materialismo ecológico y religioso: su incapacidad de ir más allá del reino de las mercancías se expresa teóricamente en el rechazo de toda alegoría sacramental, de toda verdad. El “vitriñar” consumista de la sociedad civil norteamericana encuentra su réplica en las dinámicas de profesionalización académica, donde el acto de adquisición de libros, la investigación bibliográfica, y la producción ensayística adquieren los ritmos de un paródico *shopping spree*. En cuanto a la “curiosa” resistencia de Menchú al alfabetismo y la educación, ésta no es el síntoma de una desconfianza posmoderna, general, epistemológica, hacia las narrativas maestras. Es, por el contrario, el producto de una fuerte creencia en las estructuras de conocimiento colectivo de su comunidad.

Otro índice de la lógica transnacional y primermundista de *Against Literature* queda sugerido en tu discusión en torno a Calibán. Al respecto plantea que la serie de anagramas *Canibal/Calibán/By Lacán* configura los estadios y sujetos históricos de la colonización, descolonización y poscolonialidad de América respectivamente:

Retamar’s revision of the figure of Caliban was meant to signify the originality not only of Latin American culture but also of its human agent, represented by masculine writer-heroes like José Martí (...) men of action formed decisively by literature and the humanities. (Beverly 5)

El nuevo sujeto poscolonial quedaría interpelado desde la cultura de masas y no desde la literatura. “By Lacan” sugeriría al sujeto que desea, el consumidor en lugar del productor:

“By Lacan” suggests instead the “desiring subject” revealed in psychoanalytic theory and practice, whose sense of inner lack can never be compensated; the consumer instead of the producer ... the eighties instead of the sixties; Manuel Puig or Rigoberta Menchú instead of Mario Vargas Llosa or Carlos Fuentes; television instead of film. (Beverley 5)

La problemática, en última instancia culmina en los estudios culturales, la izquierda académica, el inglés:

Cannibal/Caliban/By Lacan: the sequence of names configures the stages and the historical subjects of, respectively, the colonization, decolonization, and postcoloniality of Latin America. *What is significant*, however, is that the anagram works only in English now. (Beverley 4, el énfasis es mío.)

Enigmática derrota la de un discurso cuyo merodeo ensayístico por España, India y América Latina culmina en la universidad metropolitana, los “Cultural Studies” y el inglés como momento de síntesis y resolución.

CULTURA DE MASAS

Against Literature expresa sólidas expectativas en el modelo de la cultura de masas norteamericana en cuanto a las “posibilidades de producción, distribución y consumo” que representa. Se aporta como ejemplo la apropiación del rock norteamericano por parte de la juventud poblacional de Medellín, mediante la cual una forma de imperialismo cultural se convertiría en una forma de “vivir culturalmente su experiencia de proletarianización y alienación”. Siguiendo a Ernesto Laclau, apuntas que la connotación ideológica de un artefacto (te refieres a la imagen de Madonna para un revolucionario salvadoreño) no proviene tanto de su contenido como de su “articulación” como un signo cultural. Esto es así, pero sólo parcialmente. El problema es que la forma de articulación *también* tiene que ver con la totalidad material de una formación social. En una situación de imperialismo cultural, intervención armada y competencia desigual puede constatare que la producción social es apropiada (o no) como consecuencia de una desarticulación en parte provocada, precisamente, por los medios de comunicación de masas (estoy pensando, por ejemplo, en la crisis de la cinematografía mexicana y el papel desempeñado en ella por el carácter monopólico de la distribución filmica en México). Es problemático reducir una *práctica* socio-económica a una serie de *objetos*. Hacerlo así oscurece el sentido de su ecología: el análisis de la cultura de masas no puede dejar de lado su dimensión institucional sin convertirse en una hermenéutica de signos, sin “textualizar” su objeto, sin perder de vista las condiciones materiales en que se produce esa semiótica social. La cultura de masas que el sistema norteamericano “sugiere” es una *práctica* institucional: supone una industria, una geopolítica, una materialidad que con mucho desborda a cualquier objeto cultural. Creo que la posibilidad de apropiación que tú describes no es el *producto* de una cultura de masas

primermundista sino su remanente. Es precisamente el desarrollo *desigual e inadecuado* de esa cultura de masas en el tercer mundo, y la consecuente ironía estructural que se genera, lo que permite resistir el “sublime” posmoderno de ciertos sectores de la cultura norteamericana desembocando en una apropiación diferencial —estoy pensando, por ejemplo, en las palabras de Menchú en cuanto a cómo los grupos indígenas se apropian de los artefactos culturales hegemónicos desde la desconfianza. La exclusión material de los sectores populares supone una necesaria recepción irónica, en tanto el artefacto “foráneo” aparece no como objetividad funcional y plena de sentido sino fantasmagóricamente, como objeto grotesco o fetiche (por inalcanzable o por carecer del entorno que lo naturaliza —la proliferación de enseres que conforman su universo tecnológico). En otras palabras, el distanciamiento irónico con que diversos sectores de la población se apropian de los artefactos de la cultura masiva resulta de su posicionamiento en las relaciones de producción y consumo, independientemente de la particular forma de esos objetos. Por otro lado, esa “apropiación” que describes no deja de ser una forma paralela a la “ideología de lo literario”:

As in the contingent case of the Renaissance pastoral, such a procedure works to affirm hegemony not by its coincidence with the official representation of power, morality, and authority but precisely by its difference from it. The poem sets up a sphere of private experience and private self that is distinct from but not in contradiction with the public sphere and public identity of the subject as a social agent. (38)

En todo caso, y volviendo a tu idea de la cultura de masas norteamericana como proceso que abre posibilidades democratizadoras en tanto inaugura nuevas formas de producción, distribución y consumo, se trata de tecnologías de producción de alto costo, distribución monopólica y consumo privatizado. Por ello me resultan problemáticas las conexiones que estableces entre la comercialización de la cultura y los procesos de democratización:

In situations of uneven development where one form or another of precapitalist cultural elitism defined by a marked separation between intellectuals and the popular sectors has prevailed ... the commodification of cultural production through the operation of the market and through new technologies of mass culture can be —particularly in combination with an expansion of the system of public education at all levels and a rise in the standard of living of the population as a whole—an effective means of cultural democratization and redistribution of cultural use-values and commodities, allowing not only new modes of cultural consumption but also an increased access to the means of cultural production by subaltern groups and classes. (12)

Por un lado, me pregunto hasta qué punto puede sustentarse históricamente que la condición monopólica del conocimiento, en la que se basa el “elitismo cultural”, sea más marcada según predominen formas culturales precapitalistas. Por otro lado, ¿por qué pensar que la mersificación de la cultura suponga su “democratización”? ¿Quieres decir que se *produce* una cultura democrática? o, lo que es distinto, ¿alcanza con que se trate de un simple “acceso” a ciertos productos culturales? Porque existe una gran diferencia entre la *producción* de una cultura democrática y el *acceso* democrático a una cultura burguesa. Y si esa cultura masiva tiene como característica la tendencia a ocupar el lugar de culturas

autóctonas, generadas por comunidades en su lucha histórica por la supervivencia ante fuerzas etnocidas (la queja de Menchú), ¿por qué suponer a estas nuevas formas como, necesariamente, más democráticas? La democracia de acceso permitiría que ese capital “colectivo” (la cultura de masas) sea consumido por todos; pero precisamente de ese consumo *literal* depende la salud del sistema que convierte a esos consumidores en subalternos (pensemos, por ejemplo, en la experiencia urbana de las comunidades indias norteamericanas). ¿Puede haber una interpelación popular en un discurso que apela al consumidor? ¿democracia sin un proyecto democrático? ¿una democracia de consumo sin una democracia de producción? No es el acceso a una canasta de productos lo que permite la generación de un repertorio de sensibilidades sociales orgánicas a la confrontación de problemas comunitarios (la creación de cultura), sino la participación en los procesos de manipulación, estetización y dirección de la materialidad social de una comunidad determinados por parte de esa misma comunidad. El lugar de análisis es la cultura como práctica y no su residuo mersificado, su fetichización.

SOLIDARIDAD Y SICOANÁLISIS

La dimensión positiva de tu pensamiento político descansa en la noción de *democratización*. Sin embargo, ésta aparece imprecisa, cuando la tendencia actual tiende a detenerse en una “democracia” de acceso al mercado de la voz, la imagen, la representación. Cabe preguntarte entonces, qué entiendes por “democratización”. Asumir este concepto supone una visión sobre qué constituye lo social, lo individual, el conocimiento, la agencia social, la práctica, la libertad, el conocimiento. Supone, ante todo, una noción de *sujeto* sin la cual no se puede captar el significado posible, los posibles contenidos, de lo democrático. Sin embargo, se hace difícil localizar la utopía que da sentido a tu hermenéutica; entender qué significa lo democrático para un marxismo “posmarxista” (tus palabras) y posmoderno. Es difícil reconocer la economía política que sustenta la táctica y la estrategia retórica, el inconsciente político de *Against Literature*. Su discurso adquiere un carácter delirante y contradictorio. La estructura ensayística se hace contorsionada, barroca. Incapaz de congelar el movimiento del discurso en una de las opciones posibles, su subjetividad es la de un sujeto-en-tránsito; su proceso de teorización no puede incorporarse a una(s) práctica(s) determinada(s); su tránsito no puede abandonar las borrascosas aguas de la teoría. En este sentido, debido a su negatividad, el slogan “against literature” supone, en realidad, su contrario: no una consigna hacia la movilización de la materialidad social sino un “movimiento”, una fuga teórica; discursividad que media entre el “silencio” de la subalternidad y la “solidaridad” más antiteórica. Lo político queda circunscrito a la solidaridad, práctica política que permite la convivencia de la actuación y el silencio; es el corolario a una epistemología posmoderna que cuestiona la posibilidad de una intersubjetividad valedera. Tomada en serio, esta posición debería significar un cuestionamiento no sólo de la posibilidad de representación totalizante, de nuestra capacidad de hablar de la nación, la humanidad, la civilización, sino de la representación misma (de la capacidad de mi habla de representarme). Esto es una conclusión inevitable, en tanto todo proceso discursivo implica una necesaria alegorización que significa la reducción, reconversión e instrumentalización de la materialidad hablante y hablada. Tomar con-

ciencia de esa violencia constituyente del habla y la escritura supone consecuencias de orden político y estético: el silencio, la mala fe, o la manipulación picaresca. Pero la práctica de la solidaridad, en realidad, no resuelve las problemáticas abiertas por la teoría posestructuralista, sólo las pospone. Entre la postura práctica de la solidaridad y la deconstrucción teórica de la epistemología posmoderna media una aporía. Es por esta razón que el acto de la escritura (ese intento fallido de mediación entre teoría y práctica, ese momento constitutivo del intelectual orgánico) se da como acto derelicto, contradictoriamente desmaterializado en cuanto a la teoría y antiteórico en cuanto a la materialidad social sobre la que habla. En la necesidad *existencial* de mantener la unidad orgánica de ambos momentos (el fenomenal y el epistemológico), tu intención de constituir la escritura en un sicoanálisis del sujeto histórico que lo haga capaz de “amor” y “solidaridad” (es decir, de construir un sujeto que se debata entre la entrega y la ironía) se despliega el dilema actual de la izquierda de los sectores medios primermundistas. El recurso al sicoanálisis explica, por un lado, tu estrategia retórica de construir un libro a modo de catálogo o menú donde se exhiben posturas contiguas y contradictorias. Hace explícitos, por el otro, los límites epistemológicos, imaginativos y prácticos de tu escritura. Analizado desde esta perspectiva, el ensayo posmoderno se transforma en un acto escandaloso, desmesurado, marcado por la desproporción y disfuncionalidad entre sus medios y sus fines, sus premisas y sus conclusiones. Es posible pensar que, en un momento de aporía institucional como el presente, el carácter monstruoso de este discurso, constituye la garantía de una desvergonzada honestidad. Simultáneamente, su incapacidad de abandonar el desván sicoanalítico para convertirse en una aventura revolucionaria convierte a ese viaje por la liminalidad histórica en naufragio, en experiencia a medias, y representa, más que una exploración del mundo, una cartografía del imaginario académico metropolitano.

PERFORMANCE Y SIMULACROS

El problema es que has terminado reemplazando lo *literario* por la *cultura de masas* y la *vanguardia* por el *posmodernismo*, dejando silenciados a los grupos subalternos desde cuyas perspectivas intentabas teorizar tu negación. Esas perspectivas son reemplazadas por una posmodernidad que, más que hermenéutica liberatoria resulta ser la articulación de una exegética para la administración de las totalidades sociales de acuerdo a las exigencias del conocimiento de estado. El problema es de orden epistemológico y político: por un lado, tu crítica carece de positividad y es, en este sentido, literalmente utópica, es decir, no localizable en el orden de las estructuras sociales posibles o imaginables; por el otro, sin una economía política, tu hermenéutica termina asentándose en un conocimiento abstracto y formalista. Tal vez por ello, *Against Literature* es más antológico que ensayístico. Es menos generación de un conocimiento que *performatividad*, puesta en escena. De allí tu resolución de publicar los ensayos sin modificaciones que pudieran eliminar su carácter polémico:

Several readers of the manuscript have noted that these essays as they stand do not quite make a book. I am inclined to agree, but to have modified them further would have taken away their polemical edge. (vii)

Y agregas:

What I would modify in these essays today, on the heels of the uprising in Los Angeles that followed the verdict in the trial of the police officers who attacked Rodney King, is the rather uncritical enthusiasm for postmodernism that they display.... (xi)

La alusión a una reescritura posible esconde la realidad de una *imposibilidad* de escritura. *Against Literature* es, en cierto sentido, un simulacro. ¿Toma este tipo de libro “posmoderno”, cuyos capítulos no suponen una verdadera progresión sino una especie de collage delirante, el lugar correspondiente al silencio? ¿Ilustra una especie de neurosis cultural el tartamudeo de un discurso en crisis, que debe seguir representando su trauma constitutivo y constituyente? Esto tal vez explicaría que propongas la necesidad de un “psicoanálisis de la literatura”, en el que

As in any psychoanalysis, it is not a matter of liquidating the subject (in spite of its anxious fantasies), nor of curing it once and for all, but simply of reforming it on new bases so as to make it somewhat more capable of solidarity and love. (22)

En todo caso, claro, un objetivo nada despreciable.

CONCLUSIONES

Según tu planteamiento, no se puede, ni debe, hablar ni ser hablado “por” el otro (de allí tu censura a la “verticalidad” de Neruda). Sin embargo, intuyo que detrás de esta crítica nominalmente epistemológica lo que verdaderamente se administra de manera teórica es una confrontación de representaciones entre colectividades (lo que explicaría la obsesiva atención prestada a los problemas de la voz y la veracidad en torno al testimonio). Pero ¿no puede el habla misma ser un hecho *constituyente* que, mediante su emplazamiento, construya una subjetividad extraliteraria, organizada política e institucionalmente, avalada por la corporalidad, que se expresa mediante un programa, tácticas, y estrategias que entran en conflicto con la organización hegemónica de la realidad? ¿No es, en este sentido, el “para sí” de una clase, grupo político, o comunidad un proyecto autoconstituyente que genera su propia verdad, contenida precisamente en ese acto? (Aceptarlo así permitiría entender la verdad como una *práctica*, con su propia fenomenología, no dependiente de los modelos positivistas que asume, aunque negativamente, la crítica posestructuralista al centrar su discusión en las problemáticas de la representación (reflejismo, alegoría, etc.). El habla permite siempre una utopía. El discurso puede ser siempre una alegorización prospectiva. Un habla que se siente incapaz de movilizar(se) se transforma en soliloquio (meta-lenguaje). De allí que la hegemonía de la deconstrucción coincida con la crisis de una institucionalidad alternativa, utópica. Situada en el espacio de la aporía (que es un síntoma de su situación traumática) el habla se transforma en psicoanálisis.

Transgrediendo momentáneamente los límites ideológicos del individualismo liberal-burgués y “primermundista”, y asumiendo una continuidad material en la naturaleza, donde toda acción es violencia, toda alegoría movilización propia y ajena, todo discurso materialidad y toda materialidad mucho más que discurso, ¿qué implica el hecho que un criterio epistemológico aparezca como capaz de “deconstruir” la economía material de nuestra

ecología? Porque una vez deconstruida la ecología de nuestra realidad queda, aún, la realidad de nuestra ecología. En tanto la deconstrucción no es capaz de establecer una operatividad “material”, una literalidad terrena, su lugar es el de la aporía, de allí que se proclame antiutópica (de allí que decida ignorar las formas de la alegoría sacramental cuando de alegoría se trata).

Tu análisis tiende a dejar de lado la problemática institucional, la política real, la administración del poder, y en lo que afecta a la producción literaria, su correlato: la alegorización. Hay por el contrario, una intensa búsqueda de lo auténtico, el basamento de la autoridad del habla; preocupación, en definitiva, que responde a la ironía con que se vive la relación entre el “intelectual” y el “pueblo” (resultado de un posicionamiento de privilegio al cual no pretendes renunciar). ¿Qué supondría, por el contrario, asumir la unidad material de ambos? ¿Cuál sería la estética o sensibilidad social de esa ecología? Será, tal vez, una estética anclada en la consciencia del costo material de su reproducción, de su entropía, de la necesidad de producir una verdad que nos impela no ya a la solidaridad sino a la resolución teórica, práctica, existencial y estética de las condiciones de privilegio desde las que tomamos la palabra.